

nos vencidos é impotentes ante los peligros del tesoro; que hacer decir á los enemigos de la Francia que la república ha comenzado su carrera por una bancarrota! La retirada del ministro de hacienda nos consternaa; pero no nos desanimará, y ya que hemos hecho todo lo que habia que hacer para evitar esta desgracia, no omitamos nada para repararla.”

El mismo impulso se apoderó de todos los que asistian á la conferencia. Garnier-Pagés, aunque casi espirante de debilidad, de cansancio y de enfermedad, volvió á hallar en su corazón el valor del hombre de bien que no se amilana jamas, para aceptar la carga de la hacienda, cuyo peso conocia mejor que nadie, con una abnegacion igual á su patriotismo religioso. Su aceptacion salvó al tesoro, y preservando á la hacienda de las medidas estremas y acerbas que la imprudencia aconsejaba á la desesperacion, salvó realmente tambien á la república.

FIN DEL LIBRO IX.



LIBRO DECIMO.

I.

EN el tiempo trascurrido, el gobierno no habia recibido aun ninguna noticia exacta sobre la suerte del rey, de la reina y de la familia real. Los comisarios nombrados por Lamartine para ir á proteger su fuga esperaban en vano la órden de su partida, porque deseando el gobierno, como se ha visto, facilitar la salida de Francia del rey, de los principes y de los ministros, en vez de poner obstáculos á ella, se creyó que aquel medio podria suscitarlos mas bien que favorecerla. Lamartine no empleó, pues, mas que medios oficiosos para instruirse de las diversas direcciones que la familia real habia tomado. Sin conocimiento del gobierno y por un acto espontáneo de la justicia, el procurador general, ordenó el arresto de los ministros fugitivos

mandato que sorprendió y afligió el gobierno; porque este proceso contrariaba todas sus ideas, proporcionaba á la capital emociones penosas, y desnaturalizaba el carácter de mansedumbre y de magnanimidad que sus miembros querían dar á la revolución. Lamartine llamó al ministerio al procurador general para manifestarle estos sentimientos, que parecían ser también los de este magistrado, que no había hecho más que obedecer, según dijo, una orden superior. Mr. Portalis prometió á Lamartine que el mandato de arresto sería considerado como una simple formalidad que se dejaría olvidar.

Lo mismo sucedió con un decreto del gobierno, suprimiendo los títulos nobiliarios. Suscitada esta cuestión el 27 de Febrero en el Hotel de Ville, se dejó á un lado desdeñosamente. No inauguramos la república con un acto ridículo, había dicho Lamartine; la nobleza está abolida de hecho, pero no pueden abolirse los recuerdos ni las vanidades. Los miembros del gobierno quedaron, pues, sorprendidos al leer algunos días después en el periódico oficial un decreto que abolía el uso de los títulos. Los innumerables decretos que se extendían con la mayor urgencia en medio del tumulto del Hotel de Ville ocasionaron algunos errores de semejante naturaleza. Muchos de ellos no estaban firmados más que por uno ó dos ministros, y apenas se extendían, eran arrebatados de la mesa del consejo, sin ser examinados por éste.

II.

Ya hemos visto que el rey, la reina y la duquesa de Nemours con sus hijos subieron en la

plaza de la Concordia á dos coches de alquiler tirados cada uno por un solo caballo, y escoltados por un escuadrón de coraceros, al mando del general Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, tomaron el camino de Saint-Cloud. Aquí el rey tomó carruages de la corte, y marchó á Trianon, donde se detuvo algunos momentos, como para dar á la fortuna tiempo de alcanzarlo y detenerlo; y habiéndole preguntado el general Regnaud si quería dar alguna orden á las tropas y deseaba reunir las en torno suyo en Saint-Cloud: —“Esto no me corresponde ya á mí, contestó el rey; quien debe disponerlo ahora es el duque de Nemours.” El maestro de postas de Versalles le trajo á Trianon veintiocho caballos para sus trenes, y bien distinto por cierto del famoso maestro de postas de Sainte-Menehould, que, deteniendo á Luis XVI en su fuga, fué causa de que decapitaran á este infortunado monarca y á toda su familia; el de Versalles dijo al rey: —“Aquí tiene V. M. los mejores caballos de mis cuadras; yo mismo los he escogido, fogosos é infatigables para asegurar la vida y la salvación de V. M. por los caminos escusados que le convenga tomar. Hacedlos correr mientras respiren, sin pensar en mí; reventadlos, señor, con tal que os salven.”

A la caída del día tomó el rey el camino de Dreux, á cuyo punto llegó á las primeras horas de la noche, cuando todavía se ignoraban los últimos sucesos de Paris. Al saber el subprefecto de Dreux, Mr. Marechal, la llegada de algunos carruages de la corte á una hora inusitada, creyó que conducían al sitio real á algunas princesas asustadas por las escenas de las Tu

lleras; pero habiendose dirigido al palacio, reconoció al rey.

—“Ignoro, le dijo éste; ignoro dónde podré ya poner á cubierto mi vida. Paris está ardiendo en el fuego de una insurreccion; he abdicado para evitar las últimas desgracias, y en el colmo de la mia me fio de vos, como me he fiado en la prosperidad. Instruidme de la marcha de los sucesos que ignoro, y aconsejálme, según las circunstancias, qué podais saber esta noche.”

Al acabar de pronunciar estas palabras, entró el maire de Dreux á presentar al rey sus respetos: nada sabía; pero tomando el rey de nuevo la palabra, tuvo que ser el mensajero de sus propios infortunios. Detallada y apasionadamente refirió la serie de acontecimientos de los días anteriores, hasta el momento en que, cercado en su palacio por la insurreccion creciente; mal aconsejado por sus ministros de la víspera; mal socorrido por sus ministros del día; mal defendido por sus tropas, aunque fieles, y abandonado por la guardia nacional, con cuyo apoyo habia reinado, no tuvo otro recurso que abdicar y huir por medio de los tiros. Conmovido, triste y apasionado, indignóse de la ceguedad de la guardia nacional, de la debilidad é irresolucion de sus ministros, y de la ingratitud de los pueblos que elevan á un hombre al trono para que los saque de la anarquía, y que por un capricho lo precipitan en el abismo de que los habia sacado, compadeciéndose de la vanidad de los servicios que se dispensaban á los hombres, de la suerte de la reina, y de su ancianidad, relegada en algun régio des-

tierro distante de Paris que tanto habia amado, distante del gobierno que habia dirigido, y de los consejos que habia ilustrado con su experiencia y su luces.

Los dos magistrados lloraban al oír estos cargos, hechos á la fortuna y á la nacion por un anciano á quien agobiaba su caída. Pero en seguida abandonó el rey estos tristes objetos, hizo recaer la conversacion sobre su nieto, y lamentando la suerte de sus hijos espulsados de un trono que toda su sabiduría no pudo afirmar, dejó entrever presagios funestos, dirigiendo al cielo votos desesperados por su suerte.

Sin embargo, todavía se lisonjaba el rey de o que su abdicacion lo habria apaciguado todo, y de que dejaba en pos de sí un trono, las cámaras y un gobierno; así es que declaró al maire y al sub-prefecto que pensaba detenerse cuatro dias en Dreux, para aguardar allí la resolucion de las cámaras respecto á la designacion del punto de residencia, y á la asignacion que la Francia le señalara. En seguida tomó algun alimento, y visitó á la luz de las antorchas las obras que habia dispuesto se hiciesen en el palacio, como un hombre seguro del porvenir.

El palacio, que hacia mucho tiempo no se habia habitado, carecia de todos los objetos absolutamente necesarios para el rey y los príncipes: los vecinos de Dreux, adictos á la familia real, se apresuraron á llevarle muebles, ropa blanca, vestidos y vajilla; facilitaron al rey algunos centenares de monedas de oro, y el sub-prefecto le propuso hacer venir al regimiento de Chartres, que se hallaba de guarnicion en el pueblo de su nombre; pero el rey no accedió á

ello, y la guardia nacional de Dreux cubrió las guardias de seguridad y de honor.

Después de comer el rey, escribió despacio á Mr. de Montalivet, mayordomo de palacio, pidiéndole sus carteras, estuches y objetos de tocador, y dándole instrucciones preliminares acerca de lo que debía hacer respecto á su caudal.

A las dos marchó el correo que llevaba este pliego. El rey se acostó entonces, y se quedó profundamente dormido. Durante su sueño llegó de Paris un amigo de Mr. Bethmon, y anunció al sub-prefecto que se había proclamado la república. Mr. Marechal no quiso interrumpir el reposo del rey, á fin de que, reparadas sus fuerzas, pudiese resistir el golpe que le aguardaba. A las siete se dirige á palacio, é instruye á los ayudantes de campo y al duque de Montpensier de lo que acababa de saber. Todavía se hallaba durmiendo el rey; pero su familia lo despierta, y después de algunos rodeos, le trasmite la noticia, que la reina trata de dulcificar con su ternura. Celébrase un consejo de familia y de amigos en rededor de la cama del rey, y se decide que los fugitivos se separarán, á fin de evitar las sospechas y las conmociones que carruages notables y semblantes conocidos podrían excitar en los caminos.

Señalóse como punto de reunion á la reina y al rey una casa de campo aislada é inhabitada, perteneciente á Mr. de Perthuis, en el cabo de Honfleur, desde la cual esperaban encontrar con facilidad medios para embarcarse furtivamente, y ganar la costa de Inglaterra; el duque de Montpensier, la duquesa de Nemours y los

niños tomarian el camino de Avranches, para desde allí refugiarse á la isla de Jersey ó á la de Guernesey.

Dejando los coches de la corte, que fueron reemplazados por otros menos sospechosos de algunos vecinos de Dreux, que buscó el sub-prefecto; disfrazáronse los fugitivos con los trages mas sencillos; un carruage abierto lleva á Avranches al duque de Montpensier y á la duquesa de Nemours; el rey, la reina, una camarista, un ayuda de cámara, y Mr. de Rumigni, ayudante de campo del rey, suben á un coche cerrado. La reina, que habia dispuesto que al dia siguiente se dijera una misa en la capilla, sobre la tumba de su hijo, no puede siquiera dar el último adios á sus cenizas: la hora apremiaba; el sub-prefecto de Dreux partió con ellos subido en el pescante, y tomaron el camino de Anet y de Louviers.

Al llegar á Anet, primera parada de postas, fué reconocido el rey y saludado con respeto. Mr. Marechal le facilitó ocho ó diez mil francos en oro, y pasaportes con nombres supuestos.

En San Andrés no estaban listos los catillos; el pueblo se hallaba reunido por ser dia de mercado; empezó á sospechar, é inspeccionaba el carruage á cierta distancia: creyendo reconocer á Mr. Guizot, oyéronse gritos de "¡es Guizot, es Guizot!" Entonces la conmocion se propaga y empieza á hacerse amenazadora. El sub-prefecto, á quien conocen algunos vecinos de San Andrés, se esfuerza por desengañar á la multitud, y tiene al fin que hacer algunas semi-confidencias, que fueron entendidas y respetadas.

Sin embargo, acércanse tres hombres, y miran al fondo del carruage, en el que se mantenía el rey medio oculto, con un gorro negro encasquetado hasta la frente; con unas gafas que alteraban en parte su fisonomía, y sin peluca. Dudan aquellos, y retirándose, vuelven al momento acompañados de dos gendarmes, que piden los pasaportes. Mr. Marechal los presenta; llama aparte á uno de los gendarmes, y confía á su generosidad el secreto de la salvacion del rey y de la reina; conmovido el gendarme, aparenta examinar los pasaportes y hallarlos en regla, y estando ya listos los caballos, se marchan.

III.

Continuaron todo el día su camino sin obstáculo; el único peligro estaba en la travesía de Evreux. Temblaba Mr. Marechal de que fuese reconocido y arrestado el príncipe en una ciudad tan próxima á Paris, y donde la efervescencia del pueblo podía hacer temer alguna conmocion al oír el nombre del rey. Ya estaban muy próximos, y la ansiedad del hombre que velaba por la salvacion de los dos ancianos se aumentaba á cada vuelta del camino; ya se veían las torres del pueblo, cuando de repente le ocurre una idea; recuerda que uno de sus amigos tenía una casa de campo cerca del camino, en las inmediaciones de Evreux; hace parar los caballos, pregunta á un caminero que partía piedras á la orilla de una de las cunetas, y habiéndole señalado éste con el dedo la casa y el camino que conducía á ella, dió orden al postillon de que dirigiera allí el carruage.

La casa estaba desocupada; el colono y su muger admiten á los viajeros, sin conocerlos, en su propio hogar, y el rey y la reina se instalan en un cuarto cerca de la cocina, donde reciben algun calor, y la hospitalidad de estas pobres gentes, que los toman por amigos de sus amos.

Mientras disfrutaban estas horas de descanso, fué Mr. Marechal á pié á Evreux, é informó á su amigo del depósito confiado á su casa.

La ciudad se hallaba conmovida con las noticias que sucesivamente llegaban de los acontecimientos de Paris, y por lo mismo era imposible pasar por ella. Mr. Marechal y su amigo se informan de los medios de evitar este paso, y dando vuelta á las murallas del pueblo, se incorporan con la familia real en su retiro.

Instruido el colono por su amo del rango y desgracia de los huéspedes que ha recibido, se consagra enteramente á su salvacion: conoce los caminos escusados, engancha los caballos al coche, y por sí mismo conduce al rey.

Un hombre de confianza conduce á la reina por otro camino. A las siete emprenden la marcha; no dejaron de andar en toda la noche, y antes de amanecer llegaron el rey y la reina, cada uno por su parte, al cabo de Honfleur, y sin haber llamado á nadie la atencion, se albergaron en la casa de Mr. de Perthuis. Esta casa, rodeada de árboles, se halla construida sobre una altura, á media hora de camino de la poblacion.

IV.

Corría el 26 de Febrero. El dueño de la casa no la habitaba, y un jardinero inteligente y

fiel estaba instruido de antemano del misterio que iba á proteger. Este hombre habia inspirado á su muger y á sus hijos la discrecion sobre que descansaba todo el plan que habia de asegurar la evasion del rey y de la reina. Nadie en la comarca suponía que esta casa desierta encerrara á los que pocos dias antes eran los soberanos de la Francia y los huéspedes de tantos palacios. Habíase tenido cuidado de que estuvieran cerrados los postigos de las ventanas, y ni el humo de la chimenea salía sino de noche. Este confinamiento duró nueve dias, los cuales se emplearon por el general Rumigny, por el general Dumas y por otras personas fieles al rey, en procurarles medios seguros de embarcarse para Inglaterra, ignorando el príncipe y sus amigos que el gobierno habia autorizado á Lamartine para procurarles por sí mismo, con los miramientos y con la prudencia debidos al peligro y al infortunio, esos medios de fugarse.

Temiendo el rey ser reconocido y arrestado en el Havre, si iba á este puerto á tomar el paquete inglés, marchó de noche y á pié á Trouville, donde un comerciante de este pueblo, Mr. Gueltier, le dió asilo por espacio de dos dias. Conforme á los consejos de su huésped, decidióse el rey á fletar una barca de pescador del puerto de Trouville para que le condujese al paquete inglés que hallaría en alta mar. El primer patron á quien se dirigió al efecto, concibe sospechas de que se trata de salvar fugitivos; regatea y quiere una suma exorbitante por su servicio, por lo que se le despide: otro sospecha tambien lo mismo, y ofrece gratuita y generosamente su barca: acéptase su oferta; pero envidioso y

avergonzado el primero, al saber el proyectado viage de su compañero, divulga el secreto y le denuncia. Sabedor el rey de los rumores que circulan por la poblacion, teme se practiquen visitas domiciliarias: á consecuencia de ello muda de asilo, y de noche, por caminos intransitables, en medio de la lluvia, desalentado y creyendo ser perseguido, vuelve á la casa del jardinero, donde le aguardaba la reina. La costa parecia cerrarse ante ellos; el entusiasmo por la república, aunque inofensivo y generoso, parecia dar al pais entero las apariencias de odio contra el trono.

Un jóven oficial de marina, residente en el Havre, que no estaba en el secreto de que el rey se hallase en las inmediaciones, pero que por algunas revelaciones incompletas sospechaba que la familia real buscaba en vano medios de fugarse, tomó á su cargo el preguntar al capitán de la marina inglesa, Pol, si se prestaria á recibir á bordo en alta mar al rey, en el caso de que éste fuese á buscarle en una barca de pescador. El capitán Pol contestó que sus órdenes se oponian á ello; pero al llegar á Southampton avisó al almirantazgo secretamente sin pérdida de tiempo á las indicaciones que se le habian hecho, y del servicio que un paquete que cruzase en las costas de Francia podia prestar al rey, y en seguida lord Palmerston espidió órdenes en este concepto á los cónsules ingleses en nuestros puertos del Norte.

Advertido á su rey el jóven oficial por el cónsul de Inglaterra en el Havre, consigue descubrir el asilo del príncipe fugitivo; lleva á él al vice-cónsul, y se conviene en que el rey se em-

barcará en el Havre en uno de los buques que trasportan de la costa de Francia á la de Inglaterra ganados y víveres.

Por espacio de cinco dias enteros un viento contrario y una mar borrascosa se opusieron á la salida de los buques; el rey, devorando el tiempo, se consumía de impaciencia y de inquietud; multitud de veces va y viene por medio de los campos, y á pesar de lo tempestuoso de la noche, desde su refugio al puerto del Havre, y desde este puerto á su refugio. Decídese al fin por el medio mas peligroso que ningun otro, de embarcarse cerca de Rouen, á bordo del paquete que va desde este puerto al del Havre, y como el buque hacia su arribada de noche, tendria así mas probabilidad de atravesar la ciudad sin ser conocido, y pasar inmediatamente, como un viagero que viene de Paris, desde el buque del Sèna al de mar, que recoge los pasajeros para trasportarlos en seguida á Inglaterra.

Disfrázase el rey; toma el nombre de *Teodoro Lebrun*; el *mairé* favorece con cierta piadosa connivencia este embarque; el vice-cónsul ingles dá el brazo á la reina, y los dos ancianos reconocen al subir sobre el puente el mismo buque que un año antes habian fletado para sus paseos por mar durante su residencia de recreo y de fiestas en el palacio de Eu.

Todavía forman parte de la tripulacion algunos de los marineros de entonces: el encargado de pasar revista á los viageros para exigirles el precio del pasaje tiene en la mano una linterna cuya luz refleja casualmente en la cara del rey, á quien reconoce y á quien ninguna mirada

mas que la suya puede delatar; pero se apresura á separar la linterna, haciendo á su antiguo señor una seña de respetuosa discrecion.

De confianza en confianza espárcese entre la tripulacion el rumor de que el buque conduce á los fugitivos de Eu; mas á ninguno de los marineros le ocurre la idea de servir á la república cometiendo una cobarde traicion con la ancianidad y la desgracia; solo cuando el buque estuvo amarrado en el muelle del Havre, colocáronse en fila y sin afectacion al paso de los viageros; descubriéronse la cabeza, é inclinándose con un profundo respeto:—“Dios os salve!” dijeron á media voz. Esto era lo mismo que habia dicho la república por boca de su gobierno cuando todavía resonaban los tiros y cuando aun no habia desaparecido del pavimento la sangre derramada en Paris.

V.

Para pasar del paquete de Rouen al paquete de Southampton no habia mas que atravesar el muelle: el rey y la reina, precedidos de los generales Dumas y Rumigni, lo pasan sin ser vistos, y suben al buque ingles; pero en el momento de poner el rey el pié en la escalera, aproximase una muger con una linterna en la mano, y esclama:—“¿El es, el rey!” Y al acercarse un oficial para cerciorarse por sus propios ojos de la identidad del príncipe:—“Ya es tarde,” dijo el capitán del buque, y mandó retirar la escala.

Esta circunstancia causó viva inquietud en la

servidumbre del rey, que creyó que su salvacion habia pendido de este momento, y que pudo haberse comprometido por el grito de aquella muger y la curiosidad de un soldado: pero nadie habia dado orden alguna para impedir la marcha del rey, antes bien, todos los agentes del gobierno tenian instrucciones para no adoptar medida alguna contraria á su libertad y seguridad.

Dióse el buque á la vela, y en una noche de temporal y por un mar terrible, condujo al rey á Southampton, donde le aguardaba la hospitalidad de su yerno el rey de los belgas, en su sitio real de Clairemont.

VI.

Otras vicisitudes, producidas por el mismo error, acerca de las intenciones del gobierno y de la magnanimidad del pueblo, ocurrieron por algunos dias en la fuga de la duquesa de Orleans y de sus hijos, del duque de Nemours, de sus hijos y de la duquesa de Montpensier.

Hemos visto que, obligada la duquesa de Orleans á huir de la cámara de los diputados á la segunda invasion del pueblo, se habia retirado con el conde de Paris y con los Sres. de Mornay, Scheffer, Lasteurie, Courtais y Clement. Con una presencia de ánimo y un valor admirable habia protegido Mr. de Mornay su salida y travesia de la cámara de los diputados al cuartel de los Invalidos; el carruage en que iba la princesa se habia sustraído de las miradas del pueblo; el mariscal Molitor habia recibido en sus habitaciones á la princesa, al conde de Pa-

ris y al duque de Nemours por algunas horas; pero el anciano militar, enfermo y turbado por la responsabilidad de los sucesos, habia dejado entrever sobre las disposiciones de los inválidos y sobre la seguridad de este asilo recelos que desanimaron profundamente la confianza de la princesa y de sus amigos.

Mientras que el mariscal hacia preparar la comida para sus huéspedes y se celebraban varios consejos de amigos en rededor de la princesa, ésta, que sin cesar tenia presente el recuerdo de la prision del Temple y la imagen de su hijo entre las manos de otro Simon, resolvió no estar ni una hora mas en los Invalidos; y antes de anochecer se marchó, custodiada por Mr. Anatolio de Montesquiou, en direccion al palacio de Ligny, situado á algunas leguas de Paris.

Mr. Anatolio de Montesquiou, antiguo ayudante de campo del emperador, adicto despues á la corte de la reina Amalia, era uno de esos caracteres que no tienen del cortesano mas que la gracia; pero que reunen el valor de los soldados, la caballerosidad de los poetas y la adhesion del hombre honrado. Protegida la princesa por Mr. de Montesquiou, sabiendo hora por hora por sus amigos de Paris todo lo que podia interesar á su corazon de madre, suspender ó favorecer su fuga, pasó muchos dias oculta en el palacio de Ligny, devorada de inquietud por la suerte de su segundo hijo, el duque de Chartres.

En el momento de salir la princesa de la cámara de los diputados, se vió separada de sus hijos por el pueblo que inundaba sus salones,

las escaleras y los corredores: el duque de Chartres habia sido arrollado por la multitud; en vano le buscaban los gritos de su madre: las oleadas del pueblo eran sordas como las del Oceano.

Algunos diputados y empleados de la cámara le prometieron traerle al momento á su hijo, conjurándole á no perderse ella misma y al conde de Paris, obstinándose en permanecer en medio de un tumulto que podia amenazarla, sofocarla ó retenerla prisionera. En efecto, como se le habia ofrecido, dos hermanos ugieres de la asamblea, llamados Lipmann, naturales de Alsacia y adictos á la princesa, agotaban sus fuerzas por encontrar y salvar al joven príncipe; al fin uno de ellos, Jacobo Lipmann, se apodera del niño, lo toma en sus brazos para que pudiera respirar, y lo sustrae de entre la multitud, mientras el otro sostiene á la entrada de un corredor el peso de la multitud que amenaza derribarlo con sus ondulaciones. El ugier se lleva al niño á su habitacion, inmediata al palacio, lo pone en la cama, le prodiga sus cuidados y dá parte á Mr. de Lespée, cuestor de la asamblea, del depósito que los azares del dia habian puesto entre sus manos.

A las ocho de la noche Mr. de Lespée, que suponía aun á la duquesa de Orleans en los Inválidos, fué á casa de Lipmann á recoger al duque de Chartres, á quien éste lleva en sus brazos, vestido como un niño del pueblo; pero cuando llegó la duquesa se habia marchado ya. Mr. de La Valette y Mr. d'Elchingen lo dejan al cuidado de Mr. y Mad. de Mornay: dos dias es-

tuvo enfermo en casa de una muger de la calle de la Universidad, á quien temeroso de una pesquisa, lo habia confiado Mr. de Mornay; pero tranquilizados luego éste y su esposa acerca de las intenciones del gobierno, se lo volvieron á llevar á su casa, le dispensaron toda clase de cuidados, y lo volvieron sano y salvo á los brazos de su madre.

La primera salió disfrazada del palacio de Ligny, para el de Versailles, á donde la condujo un coche que le habian preparado sus amigos. En Amiens tomó el camino de hierro de Lille, y pasó la noche en vela y orando cerca de la cama de sus hijos.

La sombra de la revolución la perseguía por todas partes: en las fronteras de la Francia temblaba todavía de que la detuvieran y de tener que dejar á sus hijos abandonados á la misma suerte que cupo á los de María Antonieta; pero no existía ya la Francia sin justicia y sin piedad, la Francia de los calabozos y de los cadalsos.

El general Baudrand, ayo del conde de Paris y consejero de la princesa, aunque enfermo é imposibilitado de moverse; se habia hecho llevar á su puesto en el palacio, en el momento de invadirlo el pueblo, y cuando éste penetró en él, á muy poco tiempo de salir la duquesa, el general dijo á los invasores que se hallaban en las habitaciones del duque de Orleans. Al oír esto se habian descubierto, y respetando las habitaciones, puesto centinelas á las puertas, á fin de preservar los recuerdos de la madre y de la viuda: combatian la institucion del trono, pero respetaban la naturaleza.

La princesa tenía amigos entre los gefes que mandaban en Lille: el numeroso ejército que daba la guarnicion en esta plaza fuerte podía animarse con su presencia, y abandonar la república, entusiasmado por una muger y un niño. Toda la noche la ocupó el pensamiento de presentarse á las tropas y reivindicar el trono para su hijo; pero entre esta idea y el trono se le presentó la imagen de la guerra civil: retrocedió ante ella, y volviéndose á Lille, desde donde se dirigió á las riveras del Rhin, con el nombre de condesa de Dreux, á reunirse con su madre en Ems, acogiéndose á los recuerdos purísimos de su efímera felicidad en Francia, de su duelo, de su desgracia, de la ruina de su porvenir, debida á las faltas de otro, y resignándose á las voluntades de su segunda patria, en la cual nunca inspiró á los hombres de todos los partidos sino admiración, ternura y respeto.

VII.

El duque de Nemours salió de Francia sin dificultad, despues de haber llenado sus deberes para con su padre, su cuñada y su sobrino; mas digno de popularidad se habia mostrado en el infortunio que en la prosperidad; valiente y desinteresado, no tuvo en cuenta su vida ni sus derechos á la regencia para salvar la vida al hijo de su hermano. La historia debe hacerle la justicia que la opinion no le dispensó.

Dos princesas habian sido separadas del rey y de la reina en el momento de la fuga precipitada de las Tullerías. Eran la princesa Clemen-

tina, esposa del duque de Sajonia-Coburgo, y la duquesa de Montpensier. El duque, al acompañar á su padre hasta los coches que lo esperaban en la plaza de la Concordia, habia creído que podría volver sin obstáculo á las Tullerías y cuidar por sí mismo de la seguridad de su esposa, á quien un embarazo muy adelantado tenia inmóvil desde muchos dias antes en sus habitaciones. Las turbas que se precipitaban por todas las salidas de los jardines convencieron muy pronto al príncipe de que era imposible volver. Al separarse antes de su esposa, la habia confiado al cuidado de algunos dependientes de su servidumbre y al de Mr. Julio Lasteyrie, cuya lealtad, cuya popularidad y cuyo nombre lo tranquilizaban en cualquier evento. El príncipe montó á caballo precipitadamente, y siguió al rey á Saint-Cloud.

Cuando fué invadido el palacio, Mr. de Lasteyrie dió el brazo á la princesa, y penetró con ella en medio de la turba, demasiado confusa y demasiado tumultuosa en aquel momento para hacer caso de una jóven que atravesaba el jardín.

Mr. de Lasteyrie esperaba llegar á tiempo al puente Tournant para que la infanta pudiese marcharse con toda seguridad con la real familia. En el momento de salir de los jardines el coche del rey, lleno y cerrado con precipitacion por Mr. Cremieux, partió al galope, dejando á la princesa Clementina abandonada, errante, y sin poder seguirlo ni volver á la plaza. Felizmente alcanzó á ver á Mr. de Lasteyrie y á la infanta su cuñada, y se unió á este resto de su familia.

Mr. de Lasteyrie condujo á las dos jóvenes á casa de su madre, sin que por el camino fuese conocido ni interrogado por nadie. Esta casa, popular por el doble nombre de Lafayette y por las virtudes de Mad. de Lasteyrie, su hija, era un asilo inviolable á las sospechas, y á las investigaciones del pueblo. Pocos instantes despues salió de ella la princesa Clementina y se unió á su padre en Trianon. La jóven infanta se quedó en la casa hasta el 25. Su esposo le habia enviado á decir desde Dreux con su edecan, el general Thierry, que se le reuniese en el palacio de Eu, creyendo que el rey podria pasar á este punto y fijar en él su residencia. Pero la rapidez de la fortuna se le habia adelantado hasta en el camino de la espatriacion, y á aquellas horas hallábase errante á orillas del Oceano.

VIII.

Cuando llegó á Eu la jóven princesa, se apeó en el palacio, y lo encontró vacío. Rumores alarmantes anuncian la aproximacion de una columna de obreros de Rouen, que van á saquear la residencia del rey, como en Neuilly. La infanta abandona el palacio de su padre, pide un asilo á Mr. Estancelin, diplomático agregado á la embajada de Munich, y acompañada de éste y del general Thierry, emprende al anoche el camino de Bélgica.

En Abbeville, el paso de un coche llama la atencion, y conmueve y agrupa al pueblo, que detiene los caballos, y empieza á gritar que son principes que se fugan. Mr. Estancelin, cono-

cido en el pais, se asoma á la portezuela, y asegura al pueblo que la princesa es su esposa, y que se marcha con ella á su destino en el extranjero. Para desvanecer toda sospecha manda al postillon que lo conduzca á casa de uno de sus amigos, cuyas opiniones republicanas son una gran garantía para el pueblo. Baja á la puerta de la casa de este amigo, y le confia en voz baja el nombre, la clase y la fuga de la jóven. Este hombre, de corazon estéril ó debil, tiembla ó se endurece; teme que el descubrimiento del misterio comprometa su popularidad ó su vida. En vano insisten y suplican Mr. Estancelin y el general Thierry, manifestando la inviolabilidad de la desgracia, de la edad, del sexo y el estado de embarazo y de desfallecimiento de una muger á quien su negativa va á entregar á la turbulencia de un motin, al terror de una prision ó al azar de una fuga imposible yendo á pié. El miedo es sordo, y el egoismo implacable.

Viendo los viajeros que alguna gente del pueblo se agrupa á la puerta, bajan del coche, lo dejan vacío en la calle, y van á buscar en otra parte un asilo. Sepáranse, y Mr. Estancelin indica al general Thierry la dirección de una de las puertas de la ciudad, conviniendo en que saldrá por ella con la infanta, esperando en el camino de Bélgica el coche que les llevará monsieur Estancelin entre once y doce de la noche. Mr. Estancelin entre tanto va en busca de otros amigos para que le proporcionen los medios de encontrar caballos.

El general Thierry y la jóven infanta siguen su camino incierto, inundados por una lluvia

helada y en medio de las profundas tinieblas de una ciudad desconocida. El viento había apagado los faroles, y caminaban poco menos que á tientas en la direccion que se les había indicado.

Después de haberse perdido muchas veces y rodeado bastante, llegan por fin á una puerta de la ciudad que se estaba construyendo, y cuyo arco, que conservaba aun la armadura, estaba cubierto con tablas por el lado del campo. Vuelven entonces atras, y habiendo conseguido salir por una puerta lateral muy estrecha y baja que habían dejado abierta los albañiles para comodidad de la gente de á pié, se creen ya fuera de la ciudad.

Pero este falso camino, destrozado por la lluvia y por las ruedas de los carros, inundado de charcos, cubierto de materiales y de piedras de sillería, termina en una cantera sin salida visible. La jóven infanta se hunde hasta los tobillos en el agua, y pierde sus zapatos en el fango. El general se desespera. Teme que el exceso del cansancio y la intemperie maten á una niña que lleva á otro niño en el seno. Hace sentar á la princesa sobre una piedra, la envuelve en su capa, y la dice que lo espere sin moverse, mientras que él vuelve á la ciudad á implorar de la fortuna ó de la compasion un albergue ó un guía.

Vacilaba en llamar á una puerta, temiendo que se convirtiese para la princesa en una celada en vez de un asilo, cuando un desconocido, amigo de Mr. Estancelin, y enviado por éste para buscar y guiar á los fugitivos, se acerca al general, se dá á conocer, corre con él en

busca de la princesa, conduce á los fugitivos fuera de la ciudad, y deposita á la infanta bajo el techo sin lumbré de un tejár abandonado.

En este sitio la infanta y el general Thierry cuentan lentamente las horas; pero por fin llega el coche, y se lleva á la princesa en direccion de Bruselas, en busca de su esposo.

La infanta se había manifestado intrépida como una heroína, é indiferente como un niño en esta noche de dolor y de angustias. Cuando buscaba en vano sus zapatos en el fango, y andaba descalza por el barranco, el general Thierry, para reanimar su valor, halagando á lo menos una imaginacion romántica, le decia:—"¿Qué aventuras tan estrañas hemos sufrido en esta horrible noche!—Es cierto, respondió la infanta; pero mas me gustan estas aventuras que la monotonía de la mesa redonda en que trabajábamos en los salones abrigados y suntuosos de las Tullerías."

IX.

El duque de Wurtemberg, esposo de aquella princesa Maria, tan llorada por las artes de su país como por la córte de su padre, fué el último individuo de esta familia que quedó en Paris. Lamartine le hizo espedir pasaporte bajo un nombre menos conocido, á fin de que volviese á Alemania.

Tal fué la emigracion de esta familia, encubierta por la revolucion, espulsada por ella misma, salida del destierro, elevada al trono y otra vez desterrada. Ninguna imprecacion la seguía á las fronteras de la Francia, antes muchos

de sus individuos quedaban venerados, otros dejaban amigos afectuosos, y otros esperanzas. La nacion aparecia justa y digna en su emancipacion: la república, nacida de las ideas y no de la cólera, se limitaba á hacer desaparecer el trono. Al separarlo de sus instituciones, no proscribia á los príncipes, considerando ya á lo lejos el momento en que estuviere bastante asegurada y fuese bastante fuerte para permitir volver al seno de la patria á los que no aspirasen á otro título que al de ciudadano frances.

La confiscacion de los bienes del rey y su familia se propuso entonces muchas veces por los republicanos irreflexivos que asediaban al gobierno provisional con sus consejos y sus intimaciones, pero fué rechazada unánimemente por él. Los miembros del gobierno no querian de ningun modo fundar la república sobre una espoliacion y una injusticia, y se limitaron á distribuir en socorros alimenticios á los obreros hambrientos el millon vencido que la nacion pagaba cada mes al rey.

En cuantó á la situacion pecuniaria que la república formaria al rey y á los príncipes, se aplazó resolver para cuando el tiempo hubiese restituido al pueblo toda su calma y su equidad. Unicamente se convino en principio que los bienes particulares del rey y de los príncipes continuarian siendo de su iniolable propiedad: que en el caso de no ser suficientes, la nacion señalaria al rey desterrado la pensión proporcionada á su rango y á las necesidades de su casa; que en el de ser excesiva su fortuna y la de los príncipes en el territorio frances, se les administraria por el estado durante los prime-

ros años de la fundacion del nuevo gobierno, dándoles la parte conveniente de sus rentas, y reservando la restante para capitalizarla y entregarla á los príncipes, cuando les fuese imposible promover la guerra; y en fin, que se ofreceria á la duquesa de Orleans y á su hijo un subsidio digno del rango que habia ocupado en Francia, y de los sentimientos que habia inspirado. Mr. Lherbette, antiguo miembro de la cámara de diputados, de una reputacion intachable y amado á la vez de la nacion y de la familia real, fué nombrado administrador y liquidador de estos bienes, pero rehusó su encargo por honrosos escrúpulos de delicadeza, y entonces se suplicó á Mr. Vavin que lo aceptase. Siempre que se reprodujo la cuestion en el consejo, el gobierno la trató y resolvió en el mismo sentido, y con semejante plan aguardó la convocacion de la asamblea, la que adoptó dándole la autoridad y la dignidad de un gran pueblo.

En igual sentido trató Lamartine muchas veces con los ministros de España y del Brasil las cuestiones sobre la propiedad particular de los príncipes y de las princesas. Todo lo que se ha contado al otro lado de la Mancha de la rapacidad y de la dureza de la república con el rey y su familia, es inexacto. Estas fueron las proscripciones y las espoliaciones de su primer gobierno.

X.

Los temores de una guerra civil que habia hecho concebir la posicion del duque de Aumale á la cabeza del ejército de Francia, no tarda-

ron en desvanecerse. El gobierno habia nombrado al general Cavaignac, gobernador general de la Argelia. El nombre de este oficial estaba consagrado entre los republicanos por el recuerdo de su hermano primogénito. Godofredo Cavaignac era un nombre tan estimado como el de Carrel en la opinion republicana: habia muerto antes de ver realizadas sus ideas, y estas ideas llevaban luto por él, le rendian homenaje en la persona de su hermano. Este era por sí mismo un oficial de mérito, que habia sabido obtener por su valor la confianza del ejército, y, sin repudiar las tradiciones de su hermano y las aspiraciones de su madre á la república, conquistarse la estimacion de los principes: la franqueza de sus opiniones le ponía á cubierto de toda acusacion; la franqueza no conspira, y él era incapaz de hacer traicion á nadie. El duque de Aumale, al saber la abdicacion de su padre, dirigió al ejército de su mando una proclama y una despedida, dignos de los primitivos tiempos de la primera república, en que el hombre se sacrificaba ante la patria.

“Habitantes de la Argelia: Fiel á mis deberes de ciudadano y de soldado, he permanecido en mi puesto mientras he creído mi presencia útil al servicio de la Francia. Mas la situacion ha cambiado. El general Cavaignac ha sido nombrado gobernador general de la Argelia, é interim llega á Argel, desempeñará sus funciones el general Changarnier

“Sumiso á la voluntad nacional, me alejo de vosotros, pero desde lo mas hondo del destierro todos mis votos serán por vuestra prosperidad y

por la gloria de la Francia, á la que yo habria deseado servir por mas tiempo.—H. DE ORLEANS.

“Nombrado el general Cavaignac gobernador general de la Argelia, desempeñará interinamente este cargo hasta su llegada á Argel, el general Changarnier. Al separarme de un ejército modelo de honor y de valor, en cuyas filas he pasado los mas felices dias de mi vida, solo puedo desearle nuevos triunfos: una nueva carrera va á abrirse á su valor, y abrigo la firme creencia de que la llenará gloriosamente.

“Oficiales, sargentos y soldados: yo habia esperado combatir aún con vosotros por la patria. No me es concedido este honor, pero desde lo mas profundo del destierro mi corazon os seguirá por todas partes y os recordará la voluntad nacional; él se envanecerá de vuestros triunfos, y todos sus votos serán siempre la gloria y la felicidad de la patria.—H. DE ORLEANS.”

XI.

Tranquilizada sobre este punto la opinion pública, se preocupaba mas y mas cada dia del estado de la hacienda. El congreso de los obreros en el Luxemburgo causaba un estremecimiento de terror. Sin duda ofrecia él un peligro, pero la historia deberá reconocerlo: la palabra y la intervencion de Luis Blanc, omnipotentes en un principio, sobre doscientos mil obreros, temian al mismo tiempo una accion moderadora sobre las pasiones del pueblo: desarrollábalos los sistemas falsos, pero no les predicaba malos sentimientos: habia esperanzas funes-